

exactos, hasta qué grado todos los atractivos capaces de estimular nuestros esfuerzos en ese sentido han desaparecido de nuestra sociedad, porque esos mendrugos de enseñanza nos han cegado con el hechizo de un lenguaje que nosotros hablamos sin tener la menor noción intuitiva de las ideas que dejamos pasar por nuestra boca. Yo lo digo una vez aun: el enjambre de nuestras escuelas públicas no solamente no nos da nada sino, por el contrario, él apaga aún en nosotros lo que la humanidad tiene en todas partes, aun sin escuelas, y que el salvaje posee en un grado del cual no nos formamos ninguna idea. Esta es una verdad que no se puede aplicar á ningún continente mejor que á nuestra parte del mundo, á ninguna época más bien que á la nuestra. Un hombre á quien la enseñanza monástica ha dado esa instrucción de palabras, que no es más que una mistificación, es tan insensible á la verdad como un salvaje; ningún ser humano es menos apto para seguir la dirección de la naturaleza y para sacar partido de los recursos que ella nos ofrece para el esclarecimiento de nuestros conocimientos. Mis experiencias me han conducido á esta reflexión que es hoy para mí una convicción: la enseñanza pública, en general, en las escuelas de Europa es un carro que no solamente debe ser tirado mejor sino que es necesario volver y conducir por una vía enteramente nueva. Por la experiencia me he convencido de que la causa fundamental de los errores de nuestra enseñanza se encuentra en la corrupción de nuestra lengua, en la importancia exclusiva atribuída á las palabras por los hombres de nuestra época. Este es

el enemigo que se debe primeramente matar y enterrar antes de que sea posible hacer volver á nuestra especie á la verdad y á la vida por la instrucción y el lenguaje. Sin duda son duras estas palabras, y yo mismo estoy á punto de preguntarme: ¿Quién querrá oirlas?—Mas las experiencias en que me apoyo para hablar así, me han conducido á rechazar resueltamente todas las medidas á medias y á dejar rigurosamente á un lado en la enseñanza elemental todos los libros que contengan una sola línea que presupongan que el niño sabe hablar antes que él haya aprendido á hablar. Y como todos los libros de enseñanza que están escritos en la forma usual y acabada de la lengua se encuentran en ese caso, si tuviese yo alguna influencia, me mostraría en verdad completamente desapiadado para con las bibliotecas escolares ó por lo menos para con los libros elementales que se destinan á la primera infancia (2).

Seramente, mi querido amigo, en el primer período de la formación de los pueblos desde el punto de vista del lenguaje, la naturaleza no desconocía absolutamente las múltiples é ingeniosas construcciones de las lenguas completas. Pues bien, el niño comprende esas construcciones tan poco como el bárbaro. Como éste, sólo poco á poco y á fuerza de ejercitarse en el uso de las construcciones simples, llega él á obtener la capacidad de comprender las construcciones complicadas. Por esta causa, mis ejercicios siguen desde el principio un camino que consiste en investigar los elementos del lenguaje, haciendo abstracción completa de todo saber y de to-

do conocimiento, los que sólo pueden ser obtenidos por el mismo lenguaje poseído completamente. Para apropiarse en seguida los primores de la lengua en su desarrollo actual, debe el niño seguir la misma progresión que la naturaleza ha observado para conducir á la especie humana á ese resultado.

¿Caro amigo, me desconocerán los hombres también aquí?—¿Serán también aquí pocos los que deseen conmigo que yo logre poner un freno y una barrera á esa confianza sin límites en las palabras vacías de sentido que quitan á nuestros contemporáneos toda virilidad; que yo logre hacer perder su preponderancia al sonido y á la palabra en las concepciones de los hombres, y restituir en la enseñanza á la intuición la superioridad que le pertenece tan manifestamente sobre los sonidos y las palabras?

Sí, amigo, yo lo sé, durante mucho tiempo habrá pocos, muy pocos hombres como yo. El charlatanismo creciente de nuestra época está demasiado íntimamente unido al ganapán y al apego á las costumbres en decenas y centenas de mil de individuos, para que no deje de trascurrir mucho, muchísimo tiempo antes que nuestros contemporáneos acepten con amor y de todo corazón verdades que están en completa oposición con sus sensaciones embotadas. Empero, yo prosigo mi camino y digo todavía una vez: toda enseñanza científica que es dictada, explicada y analizada por los hombres *que no han aprendido á hablar y á pensar conforme á las leyes de la naturaleza*; toda enseñanza científica que, semejante á un *Deus ex machina*, haga entrar como por encanto sus definiciones en la inteligencia del niño, ó

más bien que las sople á sus oídos como los consuetas en el teatro, decaerá necesaria y miserablemente, mientras siga esa senda, á la clase de un método propio para enseñar comediantes. En efecto, cuando se dejan dormir las facultades fundamentales del espíritu humano y cuando en esas facultades adormidas se injertan palabras, se forman entonces visionarios cuyos sueños son tanto más quiméricos cuanto más hinchadas y presuntuosas son las palabras injertadas en su pobre inteligencia adormida. Los alumnos formados así, en verdad, están bien lejos de soñar que ellos duermen y que ellos sueñan; pero todas las personas despiertas que los rodean se dan cuenta cabal de sus pretensiones, y si ellas son perspicaces, los tienen por sonámbulos.

La marcha que la naturaleza sigue en la evolución de nuestra especie es invariable. No hay ni pueden haber dos buenos métodos de enseñanza; no existe más que uno bueno, y ése es el que se funda completamente en las leyes eternas de la naturaleza. Pero existe una infinidad de malos, y cada uno de éstos es tanto más malo cuanto más se aleja de las leyes de la naturaleza; y, por el contrario, tanto menos cuanto más se aproxima á la observancia de ellas. Yo sé muy bien que el único método bueno no está ni en mi posesión ni en la de ningún otro hombre; pero yo hago todos los esfuerzos que están en mi mano para aproximarme á ese único método bueno y verdadero.

En cuanto á los otros métodos, no tengo más que una sola y única regla para juzgarlos: *por sus obras los conoceréis*. Virilidad y sentido común, virilidad

é ingenio, tales son los resultados que exijo de todo método, tales son para mí las únicas garantías de su valor propio. Pero, cuando el alumno lleva en la frente la marca indeleble que imprime la cohibición general de las facultades naturales y la falta de virilidad é ingenio, yo condeno el método cualesquiera que sean las ventajas que, por otra parte, presente. No pretendo negar que un método de este género pueda formar buenos sastres, zapateros, comerciantes y soldados; pero yo niego que él pueda formar un mercader ó un soldado que sea un *hombre* en el sentido elevado de la palabra. ¡Ojalá que los hombres, en fin, se den cuenta seriamente de que el objeto eterno de toda instrucción no es ni puede ser otra cosa que el desarrollo de las aptitudes y la adquisición de nociones claras! Y, partiendo de este punto de vista, ojalá que á cada paso que den en el camino de la instrucción se pregunten: ¿Conduce este paso realmente al objeto?

Vuelvo á considerar otra vez aquel de los objetos de la instrucción que examino en este momento. Nociones claras son para el niño solamente aquellas para cuya claridad su experiencia no puede suministrarle nada más. Este principio decide, primeramente, sobre el orden que ha de seguirse en el desarrollo sucesivo de las facultades y de las aptitudes que deben servir para preparar poco á poco la vía de la elucidación de los conocimientos; en segundo lugar, sobre la sucesión de las cosas por las cuales se debe comenzar con los niños y continuar después progresivamente los ejercicios de definiciones, y por último, sobre el momento en que cada

especie de definiciones puede encerrar para el niño verdades reales.

Es evidente que la enseñanza debe ocuparse en esclarecer los conocimientos del niño sin preocuparse de la época en que se puede admitir que él es capaz de comprender el resultado de ese esclarecimiento, es decir, la misma noción clara, ó más bien la exposición verbal de esa noción.

Para llegar á hacer adquirir nociones claras á los niños, se debe disponer primeramente en un orden apropiado á su inteligencia las aclaraciones que se les hacen de todos los objetos que se propone hacerles comprender claramente. Mas este orden está fundado á su vez en el conjunto de todos los medios de educación que permiten á los niños expresarse con precisión sobre la naturaleza de las cosas y particularmente sobre la medida, el número y la forma de cada objeto. Por ninguna otra senda que ésta puede el niño ser conducido á las definiciones que le dan ideas de las cosas por definir. En efecto, las definiciones no son otra cosa que la expresión más simple y más pura de las nociones claras; pero ellas no contienen para el niño la verdad real sino en cuanto él tiene una conciencia plena y completa de la base material de esas nociones. Si él no ha observado á la clara luz de la intuición más exacta y más precisa el objeto material que se le define, aprende sólo á jugar con las palabras que saca del bolsillo, á engañarse á sí mismo y á creer ciegamente en los sonidos cuyo ruido no le traerá ninguna idea y no despertará en su espíritu ningún otro pensamiento que el de que acaba de proferir un sonido.

HINC ILLAE LACRIMAE (3).

En tiempo de lluvias crecen rápidamente los hongos en los montones de estiércol. De igual modo las definiciones no intuitivas hacen nacer con la misma rapidez una ciencia semejante á la seta; pero que muere muy pronto á la luz del sol, y para la cual el sereno del cielo es un tósigo. La vana pompa de palabras de que se compone esta especie de ciencia sin fundamentos, engendra hombres que se imaginan haber alcanzado el fin en todos los ramos del saber, porque ellos pasan su vida disertando sobre ese fin; pero ellos no se ocupan jamás en correr tras él, porque ellos no han encontrado jamás en su vida en la intuición ese encanto y ese atractivo que son indispensables para arrastrar á los hombres á hacer el menor esfuerzo. Nuestra época está llena de gentes de esa calaña. La enfermedad de nuestra generación consiste en una sabiduría que conduce á la ciencia *por forma*, como se conducirían paralíticos á las carreras: la primera condición para que ellos pudiesen concurrir alguna vez sería recobrar primeramente el uso de los pies. Antes de definir, se debe esencialmente saber primero describir. Si una cosa es completamente clara para mí, no se sigue de ello que yo pueda *definirla*; pero yo puedo muy bien *describirla*, es decir, yo puedo decir con precisión cómo ella está constituida, pero no lo que ella es; yo conozco solamente el objeto, el individuo, mas yo no puedo designar el género ni la especie á que él pertenece. Si la cosa, por el

contrario, no es perfectamente clara para mí, yo no puedo decir con exactitud cómo está ella constituida, ni mucho menos decir lo que es; yo ni aun puedo describirla, mucho menos definirla. Si un tercero me pone en la boca las palabras por las cuales otro, para quien la cosa era clara, la ha explicado á las personas que están á su altura, no por eso ha llegado ella á ser clara para mí. Ella es y permanece clara para la otra persona y no lo será para mí, pues como palabras de otra persona no pueden ser para mí lo que son para ella: la expresión exacta de la claridad perfecta de una concepción.

Así el objeto de la enseñanza es dar al hombre *nociones claras*; y las definiciones son el último medio de que ella se vale para alcanzar ese objeto. Mas para alcanzarlo por un método psicológico y conforme á las leyes del mecanismo físico, es absolutamente necesario que las definiciones sean precedidas de una serie continua y completa de descripciones del mundo exterior, pasando gradualmente de la *intuición* de cada objeto á su denominación, de su denominación á la determinación de sus propiedades, determinación que permite describirlo, para llegar en fin á precisarlo, esto es, á definirlo. El primer eslabón de esa cadena de medios de alcanzar las nociones claras es, pues, evidentemente una sabia dirección en la *intuición*; y es no menos evidente que el último grado de madurez en la instrucción, es decir, la lucidez de todos los conocimientos, depende esencialmente del vigor perfecto del primer germen.

Cuando, en el vasto dominio en que la naturaleza

ejerce su acción universal, una sustancia cualquiera es imperfecta en su germen, la naturaleza ha perdido el poder de darle por medio de una madurez completa su entera perfección. Todo objeto que no es perfecto en su germen no medrará en su crecimiento, es decir, en el desarrollo exterior de sus partes. Esto es tan cierto en las producciones de tu espíritu, como en las producciones de las tablas de la huerta; es tan cierto en el resultado de cada una de nuestras percepciones intuitivas, como en la disposición especial de una cabeza de repollo llegado á la madurez.

El medio principal para evitar en la educación de los hombres el error, las lagunas y la superficialidad consiste, pues, principalmente en el cuidado de ofrecer á los sentidos del niño desde la primera intuición las impresiones originales más precisas, más exactas y más amplias posibles sobre los objetos más esenciales que debemos conocer. Desde la cuna se debe comenzar á sustraer la dirección de la existencia humana á los juegos ciegos de la naturaleza, para confiarla en manos de esa fuerza mejor que las observaciones de miles de años sobre la naturaleza de sus leyes eternas nos han enseñado á abstraer.

Se debe establecer una distinción esencial entre las leyes de la naturaleza y su marcha, es decir, sus operaciones aisladas y las manifestaciones de éstas. En lo que concierne á esas leyes, la naturaleza es verdad eterna, y para nosotros, regla eterna de toda verdad; pero en cuanto á la marcha de las cosas y al modo particular de cómo se manifiesta

esa marcha, la naturaleza no se ocupa en contentar á los individuos de nuestra especie, ella no expresa la verdad que debe dar satisfacción á sus intereses. Consagrada al conjunto de los seres, aparece ella indiferente para cada creatura aislada y sobre todo para el hombre, cuya independencia no quiere ella entrabar con ninguna especie de tutela.

En este sentido, y en ningún otro, se debe entender la diferencia y la ceguedad de que se le acusa y la obligación que ella nos impone de arrancar de sus manos la educación de la especie humana. Mas en este sentido es igualmente la verdad misma, y una verdad capital para la humanidad. Si se abandona la tierra á la naturaleza, no producirá más que malezas y cardos; si le dejáis la educación de los hombres, ella no los conducirá más que á una intuición confusa, la cual no está dispuesta ni para nuestra inteligencia ni para la de los niños y que no es la que necesita la enseñanza elemental. Por esto no es al bosque ni al prado adonde se debe dejar ir al niño para que aprenda á conocer los árboles ó las plantas; ni los árboles ni las plantas se encuentran allí clasificados en series que son las más propias para darle la noción intuitiva del carácter de cada especie, y de prepararlo, por la primera impresión que recibe del individuo, al conocimiento de la clase. Para conducir á nuestros niños por el camino más corto hacia el objeto de la enseñanza, esto es, á la adquisición de nociones claras, debemos tener gran cuidado de ponerle primeramente á la vista, en cada orden de conocimientos, los objetos que llevan en sí, visibles y notables, los caracte-

teres distintivos de la clase á que pertenecen; ellos son, por esto, esencialmente propios para mostrarles los caracteres esenciales de la clase, en oposición á sus caracteres accidentales. Mas si no se hace ésto, exponemos á nuestros niños á confundir á primera vista las cualidades variables con las cualidades permanentes, y de este modo á retardarse, por lo menos, en el conocimiento de la verdad y á no tomar en cada ramo el camino más corto para pasar de las intuiciones oscuras á las nociones claras.

Hé aquí, por el contrario, un modo de enseñanza en que se ha evitado ese error. Las series sucesivas en las cuales todas las materias de los ramos de enseñanza son presentadas al niño se encuentran, desde el principio, ordenadas de tal suerte que la impresión producida por la naturaleza misma del objeto lo eleva, desde las primeras intuiciones, sobre la impresión producida por sus cualidades. Desde ese momento, por esa primera impresion, aprende el niño á subordinar los accidentes de las cosas á la sustancia; desde entonces marcha él incontestablemente por el terreno sólido en que cada día se desarrollará su aptitud para enlazar de la manera más simple todas las condiciones accidentales de las cosas á la conciencia profunda que él poseerá de su constitución íntima y real, y para leer así en la naturaleza entera como en un libro abierto. De igual modo que un niño abandonado á sí mismo extiende la vista sobre el mundo sin comprenderlo y, engañado por los fragmentos de conocimientos que él ha encontrado á ciegas, cae diariamente de error en error, asimismo, por el contrario, un niño á quien se ha guia-

do por esta senda, desde la cuna, asciende cada día de verdad á verdad. Todo lo que existe, ó por lo menos todo lo que entra en la esfera de observación en que él vive, se encadena con limpieza é integridad á su fuerza intelectual, y hasta ese punto no hay ningún error en el fondo de sus apreciaciones. Las primeras causas de ilusión, las que él encuentra en su manera de ver y las que encuentra en sí mismo, han sido pues obviadas. No se ha desarrollado en su espíritu, por un sistema artificial y conforme á las reglas de la escuela, la menor tendencia á un error cualquiera, y el *nihil admirari*, que hasta ahora pasaba casi por ser el privilegio de la decrepitud, llega á ser por este método la parte, el lote de la inocencia y de la juventud. Una vez llegado allí, y si él aun posee aptitudes humanas, el niño alcanzará forzosamente el objeto final de la instrucción: la adquisición de nociones claras —las cuales nos conducen á la aseveración de que nosotros no sabemos nada, ó á la de que lo sabemos todo, lo que es indiferente. Para alcanzar ese objeto elevado, para organizar y constituir sólidamente los medios para llegar á él y especialmente para dar con la amplitud y la precisión indispensables las primeras impresiones intuitivas de los objetos; para levantar sobre ese fundamento series continuas de medios de estudio, evitando constantemente el error, estableciendo universalmente la verdad, yo he tenido siempre á la vista, principalmente en el *Libro de las madres*, las condiciones de toda especie que exige la adquisición de ese objeto. Y amigo, yo lo he conseguido; he llegado á fortificar,

por ese libro, nuestra facultad natural para instruirnos por medio de los sentidos, á tal punto que yo veo en el porvenir á los niños que habrían sido educados según esta obra, dejar á un lado el libro en general y buscar en la naturaleza y todo lo que los rodea una guía mejor para conducirlos á mi objeto que la que yo les habría dado.

Amigo, el libro no existe todavía y yo lo veo ya desaparecer por su propia acción (4).

CARTA IX.

Querido amigo, las palabras con que terminé mi última carta tienen un grande alcance. Yo vuelvo á insistir hoy sobre este punto: el método que he descrito hasta aquí para alcanzar el objeto de la enseñanza, no es en suma sino un refinamiento de los medios materiales empleados por la naturaleza para llegar al resultado que me he propuesto obtener. Mas existe todavía un medio superior para llegar á él, es un complemento elevado de la marcha sensible refinada de la naturaleza; es posible obtener el mismo resultado por un procedimiento puramente intelectual, por el solo cultivo de la inteligencia. La naturaleza humana es capaz de transformar todo lo que hay de vago en nuestra intuición y de elevarlo á la realidad más precisa; ella es capaz de sus-

traer la intuición misma á la indecisión de nuestros sentidos físicos y de convertirla en la obra de la facultad más elevada de nuestro ser, la obra de la inteligencia. El arte perfeccionado, sirviendo de auxilio á la naturaleza, puede agregar á la facultad de intuición tan viva del salvaje no solamente el ejercicio mecánico de nuestros órganos materiales sino también la potencia de nuestra razón; él puede asociar á esta viva intuición, restituida á los hombres, el estudio más elevado para la humanidad, al estudio de la verdad absolutamente indudable.

Querido amigo, si mi vida tiene algún mérito, es el de haber hecho del cuadrado la base de una enseñanza intuitiva que el pueblo nunca había recibido. Por este medio he dado al fundamento de nuestros conocimientos una serie de medios de estudio que hasta ahora pertenecían á los medios de enseñanza subordinados á la intuición, el lenguaje y el número, pero que faltaban á la intuición misma. Por ese medio yo he restablecido la armonía entre la intuición y el juicio, entre el mecanismo físico y la marcha puramente intelectual, y poniendo fin por este método al confuso caos de la multitud de verdades particulares, he reconducido la enseñanza á la verdad.

Amigo, yo no me imaginaba, por cierto, el alcance de mis palabras cuando escribí más de veinte años ha el siguiente pasaje en el prólogo de *Leonardo y Gertrudis*: "Yo no tomo parte ninguna en las discusiones de los hombres sobre sus opiniones; pero lo que puede hacerlos piadosos, buenos, leales "y probos; lo que puede hacer entrar en sus corazo-